

GUIA

CIRCULAR DE A. C.

Año I

Malgrat, 31 de Marzo de 1951

Núm. 6

Ya han vibrado las campanas llevando la noticia a todos los rincones del mundo: Cristo ha resucitado; ya se han llenado los altares de flores, anunciando la Pascua Florida; ya han aparecido en sus nichos los santos, que en señal de duelo se escondieron a nuestras miradas; ya se ha encendido el fuego nuevo, y el cirio, como un estandarte de luz, se ha levantado en todas las iglesias; ya ha resonado el grito pascual por excelencia, el aleluya pascual, la palabra jubilosa que ondeará durante cincuenta días por los ámbitos del mundo como una flámula de alegría y de esperanza.

De todas las estaciones del año, dice Dom Guéranger, el tiempo pascual es, sin disputa, el más fecundo de misterios. La mística de la liturgia alcanza en él su punto culminante. Es el triunfo, la gloria, la conquista, la tierra de promisión, que se nos abre tras la humildad de Navidad y la severa perspectiva de Septuagésima y la penitencia y compunción de la Cuaresma y las angustias de la Pasión. Una nueva era, una nueva economía comienza para la humanidad entera. «El triunfo de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte—nos dice Tobac—no es un triunfo puramente individual y personal, que en realidad necesitaba el Hijo de Dios; es un triunfo colectivo, el de todo el cuerpo de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo. En principio y de derecho, esas cosas suceden en el Calvario y en el Sepulcro; de hecho, van desarrollándose a medida que la comunidad de Cristo se

realiza en la Historia». Si la Humanidad pecadora muere con Cristo en el Calvario, la Humanidad rescatada sale gloriosa con Cristo en el Sepulcro. La Resurrección de Cristo y la nuestra son dos acontecimientos inseparables en la liturgia católica.

El tiempo pascual tiene un símbolo evocador de la nueva vida del alma resucitada, y también la palabra que expresa la epifanía gloriosa de esa vida nueva: «alleluia». Es un grito de alabanza, de admiración, de alegría.

Cuán pocos son los cristianos que saben recoger las mieles del «alleluia» pascual para guardarlas en los almiaros de su alma. Nuestra indiferencia contrasta con el entusiasmo de los primeros cristianos.

Decía san Agustín, predicando en Hipona: «Recordemos durante estos cincuenta días el día que no tendrá fin. Apresuremos nuestro paso hacia la mansión eterna. Sí, entraremos en esa casa que es el cielo, y allí alabaremos a Dios, no cincuenta días, sino, como está escrito, por los siglos de los siglos. Allí veremos, amaremos, alabaremos... ¡Oh felicidad la nuestra cuando cantemos aquel "alleluia" sin fin! Aquí le cantamos pero en medio de las solicitudes. Allí será la paz. Aquí le cantamos peregrinando; allí habremos llegado a la patria. Cantémosle, no para adormecernos en nuestro reposo, sino para aliviar nuestro trabajo. Canta el "alleluia", pero como cantan los viajeros: endulza tus fatigas cantando... canta y camina.»